

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

No hay peligro de fascismo

La gravedad de la crisis está creando, como subproducto espiritual, una notable divergencia vital entre los hombres de negocios y los intelectuales. Los primeros, concentrados en los modos de obtener liquidez a corto plazo, liquidan su pasado para estar disponibles ante el futuro. Saben que no será insistiendo en las causas del triunfo de ayer como les llegará el éxito en un incierto y distinto mañana. Prefieren estar preparados antes que comprometidos. Los intelectuales, en cambio, ven el futuro con los ojos puestos en la nuca de su pasado inmediato. A quien deben su «a posteriori» concepción antifascista o anticomunista del mundo. Las novedades políticas sólo son, así, meros síntomas de una restauración que invitaría a recomenzar el mismo combate. Comprometidos en cuerpo y alma con un mundo intelectual acabado, no están disponibles para el que empieza. Una forma inconsciente de liquidar el futuro. La lectura de los resultados electorales en Italia y Rusia está dictada por esa necesidad instintiva de que el fascismo y el comunismo renazcan. Peligro que volvería a dar sentido a su periclitado universo. Lo que importa subrayar ahora no es la evidente falta de ese peligro, sino la propensión de los intelectuales a inventarlo a las primeras de cambio. La historia no viene como anillo al dedo de la conveniencia mental.

La prensa extrae sus titulares del archivo emocional de la memoria histórica. Este modo de producir ideas para el consumo no provoca una gran distorsión de la realidad, cuando el futuro se imagina como un despliegue de lo que sucedió y de lo que está ocurriendo. Pero en tiempos de crisis radical como los actuales, definidos por la incertidumbre de los procesos históricos, los informativos de la primera son casi siempre ideológicos, o sea, parcialmente falsos. Titular a toda plana: «El fascismo triunfa en las elecciones rusas» —porque el oficialismo ruso considere fascista el «nacionalimperialismo» del demagogo Zhirinovski— no es fruto del error ni de la exageración. Sino de un propósito de asustar a la opinión pública mundial, para incrementar el apoyo occidental a Yeltsin y recordarnos que la única alternativa a la «democracia de partidos» sigue siendo, como en la República de Weimar, el nazismo. Los éxitos populares del Movimiento Social Italiano y del Partido Liberal Democrático de Rusia deben no obstante preocuparnos por lo que tienen realmente de común. Que no es neofascismo corporativo mediterráneo, ni neonazismo racial germánico. Sino dos versiones del sentido reaccionario que toma el voto popular, cuando a la frustración social de las masas se añade la impotencia política del sistema.

Se ha escrito mucho sobre las causas culturales y económicas del fascismo y del nazismo. Pero apenas nada sobre la debilidad del régimen de partidos que les facilitó el camino. Un régimen que se presentó, en plena derrota económica, como la única forma posible de la democracia. Después de aquella amarga experiencia, debería bastar un mínimo de inteligencia social para no confiar las libertades al porvenir de un sistema político basado, otra vez, en la oligarquía de partidos. Tipo de poder que se disolvió, con extrema facilidad, cuando no estaba instalado en el Estado. Y que tan fácilmente se desintegra ahora, desde el Estado, con la corrupción (Italia) o la frustración de las masas en paro (Rusia). Un régimen que, en España, ya está cavando su propia tumba con la pala partidista de la corrupción y la piqueta neoliberal de la «deconstrucción» del Estado de bienestar. Pero sin temor al fascismo o al comunismo, y a diferencia de lo que ocurrió al final biológico de la dictadura, esta vez, cuando la sociedad civil se tope con la quiebra de esta sociedad política oligárquica, no se podrá eludir la realización de la alternativa democrática al Estado de partidos. Que fue ideado como un bárbaro expediente posbélico de la guerra fría. Carente hoy de sentido.

TRIBUNA LIBRE

El libre comercio y sus máscaras

[CARLOS PARIS]

ROMPAMOS barreras! ¡Amplíemos mercados! ¡Creemos espacios económicos crecientemente dilatados! ¡Multipliquemos la producción y el consumo! La oleada programática avanza vociferante, segura de sí misma parece arrolladora, incontenible. A compás de sus realizaciones prácticas: la Unión Europea, el TLC, según la terminología mexicana, o NAFTA según la estadounidense —no deja de ser gracioso que un acuerdo de unión ni siquiera consiga unificar su nombre—, y más recientemente los acuerdos del GATT. Y sobre la oleada se levanta la espuma ideológica. Es el signo triunfal de los nuevos tiempos frente a lo viejo, la senda de un futuro prometedor que se abre tras la caída del muro de Berlín. Es la victoria de la comunicación humana, derribando arcaicos enclaustramientos. La creación, entonces, de espacios, en que va a florecer la creatividad, la eficacia, el ingenio, virtudes impulsadas por una noble competencia. Libertades y democracia serán revigorizadas por un comercio que claramente se titula «libre». El Primer Mundo —y los países más ricos dentro de él respecto a los rezagados— se

ofrece para que otros participen de sus glorias, ventajas y modos de vida. Y, en momentos paroxísticos, hasta parece que estamos a las puertas de realizar un verdadero humanismo planetario.

¿Quién tendrá la osadía de oponerse a semejante discurso? Inmediatamente se le acusará de anticuado, nostálgico, fundamentalista, de ser un ornitorrin-

No asistimos a la apertura de un mundo colaborador sino a la creación de imperios que riñen en feroz competencia

co que se opone a la evolución, al progreso. Recientemente, con motivo de actividades académicas en México, he podido seguir el amplio debate que, tanto allí como en Estados Unidos, con motivo del TLC —o NAFTA— ha tenido lugar. Y no ha dejado

de sorprenderme la difusión y penetración de los anteriores tópicos, que he caricaturizado sólo muy ligeramente. Hasta una mente como la de Carlos Fuentes se congratulaba de dicho tratado, porque los niños mexicanos iban a poder comprar mejores juguetes.

Y, sin embargo, ¡qué ilustración más diáfana de las relaciones entre interés económico y enmascaramiento ideológico se nos brinda en este discurso y su práctica! Y ¡qué artero juego con el equivoco de palabras tales como libertad, comunicación, progreso, desarrollo, participación!

En primer y obvio lugar, es evidente que no se trata de suprimir barreras, sino de situarlas allí donde les conviene a los poderosos, para captar como compradores a los sectores más acomodados de los países con inferior desarrollo y para contratar una mano de obra más barata. ¿No ha erigido la «Europa Fortaleza» bien sólidas murallas en que se estrellan los hambrientos que huyen del Tercer Mundo? ¿Y qué diremos de los «espaldas mojadas»? No asistimos ciertamente a la apertura de un mundo participativo y colaborador, sino a la creación de imperios que riñen entre sí en feroz competencia, disputando sus influencias. ¿No está con-

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

Las penalidades de un extranjero

Sr. Director:

Soy extranjero (rumano) y estoy viviendo en España desde el 6 de mayo de 1986. Acompañaba al equipo de fútbol Steaua de Bucarest en Sevilla en el partido de fútbol con el F.C. Barcelona cuando decidí escaparme y solicitar asilo político.

Me dirijo a su redacción porque con su ayuda quiero dar a conocer a la opinión pública lo que tiene que aguantar un asilado, y sobre todo cuando es extranjero.

Desde enero de 1990 tengo el permiso laboral

y de residencia. Trabajo en la empresa Talleres Almería, domiciliada en calle Albalá nº 14, en Madrid.

Al final del pasado mes de noviembre al finalizar mi contrato laboral con la empresa, solicité un aumento de sueldo según mis labores, mis necesidades y sobre todo según las múltiples promesas que el empresario hizo y que nunca ha cumplido. La empresa se negó a concederme este aumento que yo consideraba justo.

Podría parecer extraño el planteamiento que estoy haciendo teniendo en cuenta la situación actual de la economía española, pero haré del trato de discriminación, de la falta de respeto, del aprovechamiento y sobre todo porque mis gastos son casi mayores que el sueldo mensual, me decidí a establecerme por mi cuenta.

Cuando le planteé mi decisión al empresario,

me dijo que me daba de baja voluntaria y que no iba a poder cobrar el paro. Todo esto me pareció un chantage pero le dije que de todos modos me iba a ir. Pero vaya sorpresa que me esperaba porque no quería ni siquiera pagarme los derechos finales del contrato.

Forzado por las circunstancias he tenido que firmar el contrato según el antojo del empresario, como sucedía en tiempos de la esclavitud.

GHEORGHE-VIOREL VASILE
Madrid

Las preguntas de Antonio Gala

Sr. Director:

Me llamo Aurora Díaz y tengo 13 años, pese a mi corta edad, me doy perfecta cuenta de lo mucho que se pasó el señor Gala en el número de su periódico del jueves 25, titulado «Unas preguntitas». Me parece

una muestra de la ignorancia y de la mala educación de su autor. Ataca sin razón ninguna la religión católica sin tener en cuenta el daño moral y las repercusiones de su artículo. Si no está de acuerdo con los católicos me parece muy bien, pero no es quien para meterse con nosotros, y digo nosotros porque yo soy católica y me ha sentado muy mal todo esto.

Quizá esté de acuerdo con el aborto y con los anticonceptivos, pero no se tiene por qué meter con los que no están de acuerdo.

AURORA DÍAZ SOLOAGA

Villaviciosa de Odón (Madrid)

Mejor las palomas que el ruido de las motos

Sr. Director:

Escribo indignado al leer en el Magazine la crónica de Lourdes Garzón titulada «Como ratas», en la que comienza a la gente a odiar a las palomas como si una